



**DISCURSO DEL EXCMO. SR.
D. VICENTE COLOMER VIADEL,
RECTOR MAGNIFICO**



El rector Colomer entrega al profesor Drommer su nombramiento

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.
Señorías Claustrales.
Señoras y Señores.

Hemos sido convocados para recibir en nuestra comunidad a un nuevo miembro que, por sus relevantes méritos científicos y destacadas virtudes humanas, se ha hecho merecedor de la más alta distinción que la Universidad puede conceder, nombrándole Doctor Honoris Causa de nuestra Institución. Y en cada uno de estos actos se renueva la fortaleza de nuestros principios y valores, constatando con el ejemplo de hombres como el que hoy nos convoca, que la fuerza de la Universidad reside en que, cualesquiera que sean sus deficiencias, sigue siendo el único camino racional de progreso humano.

Y aún cuando en tiempos de debilitamiento moral, de crisis de la civilización y de falta de imaginación para funcionar más eficazmente, pueda haber tentación al desánimo, son las personas que han sabido formar la Universidad, paladines del avance científico y del generoso servicio a la Humanidad, las que nos confirman la realidad de que nuestra antigua, noble y preeminente institución siempre conservará sus funciones de rectoría social, como condición inseparable de los principios que alentaron espontáneamente su nacimiento en los albores de la llegada de la sociedad al mundo del conocimiento. Ellos seguirán preservándola de cualquier intento de destrucción mientras que exista una civilización que, como tal, tenga un inalienable vínculo con la cultura y el afán de saber.

Me he referido en muchas ocasiones al pasado, convencido de que el recuerdo positivo de nuestra historia constituye nuestro valor más seguro para el futuro. Permitidme hoy pues la licencia de intentar asomarme a la Universidad venidera, esbozando siquiera unos rasgos muy generales de lo que presumiblemente podemos confiar que será, y también en lo que querríamos que llegara a ser nuestra Institución.

En momentos como el actual en donde un avance tecnológico descompensado y estresante parece forzar a instituciones como la nuestra, necesitadas de la serenidad para el análisis y del tiempo para la madura reflexión, a participar en un mundo en que prevalezca la rentabilidad económica por encima de la formación integral del Hombre, puede caerse en el fácil desaliento de poner en duda, incluso, los seculares principios y modos del magisterio, que han sido y son constitucionales con la labor del maestro universitario.

Dentro del panorama Orwelliano, donde las pautas sociales parecen estar condenadas a la esclavitud y el control tiránico de frías e inhóspitas inteligencias artificiales quizás alguien podría cuestionarse si, la noble tarea del magisterio científico podrá ser desplazada por el glacial e impersonal aporte de información ofrecidos por nuevos y sofisticados ingenios tecnológicos.

Quien se planteé esa duda para el futuro, es porque, ni confía suficientemente en su presente, ni conoce en esencia la labor del profesor universitario, ya que la enseñanza, verdadera y eficaz, debe ser mucho más que una mera transmisión de información, un proceso secuencial de formación intelectual, que organiza analíticamente el pensamiento y lo capacita para razonar.

Además es necesario que el maestro transmita una ilusión sobre la materia que enseña, estimulando al discípulo a adentrarse en su conocimiento y sirviéndole al mismo tiempo como modelo y pauta de comportamiento científico y humano.

Es por todo ello que la clase magistral no podrá tener sustituto en máquina alguna, porque la ilusión, la espiritualidad, la moral, son funciones íntimas y propias del ser humano que no pueden ser duplicadas, pues, incluso, en la fantástica hipótesis de que consiguiéramos una imitación perfecta de un modélico universitario mediante ingenios tecnológicos habríamos, a lo sumo, conseguido un maestro ejemplar como tantos otros con los que actualmente cuenta la Universidad, tan sólo con otra envoltura externa.

Por eso la labor del maestro cuando realmente enseña a pensar, es una función inimitable por la máquina pues en todo caso es a ella a la que obligamos a razonar según las normas humanas.

Desterremos pues nuestros temores, olvidemos las inquietudes de que en un futuro la Universidad perdiera esa identidad milenaria, que la ha erigido en la institución merecedora del máximo respeto social. Tened la certeza que cuando más allá del siglo XX, nuestros herederos se reúnan en actos como el de hoy, sentirán el mismo orgullo que nos embarga a todos nosotros, pues sabrán, al igual que lo sabemos ahora, que somos depositarios de una historia que no puede describirse como el simple avance secuencial del tiempo, sino el fiel notario de los hitos de la superación del Hombre sobre la ignorancia, de la victoria de la tolerancia sobre el dogmatismo, del triunfo de la libertad de pensamiento y el espíritu lúcido frente a la intransigencia de la fuerza y la sinrazón de la barbarie.

Mantengamos, pues, nuestras esencias convencidos de que ellas son las que justifican y proporcionan energía a nuestra institución.

De ahí que la referencia al pasado sea prueba de la vitalidad presente pues, como afirma Rulfo "el que no conoce su historia, su pasado, no tiene identidad alguna. Es un hombre que está volando en las nubes, está navegando en el vacío, está simplemente fuera del mundo y de la sociedad en que vive. Esa es la importancia de la historia y es necesario conocerla para poder sentir que se pertenece a una institución y que esa institución debe ser solidaria, debe crear una solidaridad y esa solidaridad crear una integración. Por eso es importante la historia".

Enorgullecámonos de nuestro pasado, sepamos que sólo las nuevas sociedades, carentes de cultura, desprecian la historia como reacción contra algo inexistente para ellos y envidiable en los otros.

Tengamos siempre presente que la situación actual de la Universidad es consecuencia del devenir histórico, que fue moldeándola acompañándola a la evolución social a través de los tiempos. Por eso rechazamos las actitudes nihilistas de amnesia del pasado, que defienden que sólo la destrucción de la organización presente posibilitaría la aparición de un nuevo tipo de estructura, capaz de enfrentarse al futuro. Por el contrario, se trata de conservar cuanto sedimento positivo ha ido generándose a lo largo de la Historia, actualizando las normas de funcionamiento al momento presente.

Jamás será necesario, ni siquiera prudente, reinventar la Universidad y tampoco querer transformarla de acuerdo a una borrosa imagen de modelos teóricos utópicos, posiblemente sólo viables en el ensayo ideal del análisis, pero ajenos al entorno social que la legitima y estimula.

Sabed que la Universidad, como la leyenda del inmortal Simurg que anida en Arbol de la Ciencia, y recoge Borges en su libro de los seres imaginarios, sólo la encuentran los que apasionadamente la buscan y purificados por la vocación y el esfuerzo, al fin la conocen percibiendo entonces que ellos son la Universidad, y que la Universidad es cada uno de ellos y todos ellos.

Ahora comprendereis en todo su significado mis palabras, impregnadas de legítimo orgullo con las que iniciaba mi gratulatoria de hoy, porque en la figura del Prof. Drommer se ofrecen todas esas virtudes por las que los universitarios luchamos, sabedores de que de su supervivencia depende la continuidad de nuestra Institución y, en consecuencia, de la sociedad organizada.

Porque sabemos que cuando nuevas formas de convivencia rijan el mundo y avances tecnológicos, aún hoy insospechados, ayuden a la vida del ser humano, maestros como el Prof. Drommer seguirán siendo punto de referencia como modelo de lo que tiene que ser un universitario, más allá de las fronteras del tiempo y de las circunstancias coyunturales del momento.

Siendo la vida personal libertad y superación, y no acumulación y repetición, la transmisión del conocimiento y formación del Hombre no puede ser algo impuesto, sino tan sólo orientado y generosamente tutelada. Todos esos objetivos han sido metas alcanzadas en la vida del Prof. Drommer dedicada al magisterio y a la promoción del saber.

Por eso hoy la Universidad de Córdoba cumple con un honrosísimo deber institucional al reconocer la autoridad científica y humana de nuestro nuevo Doctor Honoris Causa, profesor, de antiguo vinculado con la Universidad de Córdoba y que hoy sigue ejerciendo su altruista misión de magisterio, recibiendo e instruyendo a nuevos alumnos cordobeses.

Prof. Drommer, permitidme, conociendo vuestro generoso carácter, que egoístamente os recuerde que hoy aún estáis más obligado que antes a colaborar con nuestra Universidad, que contraéis una responsabilidad muy importante con la comunidad que os recibe como un nuevo miembro, puesto que seréis punto de referencia en el futuro, y estímulo de perfeccionamiento para nuestros jóvenes universitarios. Sabed el orgullo con que la Universidad de Córdoba os acoge y tened siempre presente que, junto con la interesada esperanza que vuestra incorporación nos despierta, también podéis contar con el respeto, admiración y cariño con que nuestra comunidad os recibe.

Entrad, pues, en ella con la vanidad de saberos en una institución milenaria que os reconoce vuestra valía científica y, con la bondad humana que os han hecho acreedor de nuestro afecto y consideración.

Nada más.



El nuevo doctor "honoris causa" muestra su nombramiento realizado en un artístico pergamino